

**CARTAGENA DE INDIAS: GLOBALIZADA DESDE SU ORIGEN,
FRAGMENTADA EN SU PRESENTE.**

FREDI E. GOYENECHÉ GONZÁLEZ*

"La capacidad de dialogar e intercambiar argumentos,
en vez de acusaciones mutuas acompañadas de insolencias,
está en la base de cualquier convivencia pacífica y democrática".
Norberto Bobbio

Recibido 29 de Julio de 2009/Enviado para Modificación 17 de Agosto de 2009/Aceptado 3 de Septiembre de 2009

RESUMEN

El siguiente es un documento que pretende realizar una transversalización de la historia social de Cartagena de Indias con la intención de mostrar como esta se fue transformando de una ciudad globalizada desde sus inicios en función no solo de la diversidad étnica y cultural connatural a las diversas nacionalidades que llegaron a ella en condiciones de conquistadores y colonizadores mixturadas con las etnias aborígenes y la de los esclavos que fueron traídos para efectos de explotación económica pero que no impidió que se construyera simultáneamente una cierta identidad de cartagenidad pero que luego, producto de esa misma globalización y diferenciación excluyente de interés, ha tomado un rumbo que la fragmenta socialmente y destruye su sentido de identidad local.

Palabras Clave: *Historia económica, Globalización, Economía pública, libertad de mercados, crecimiento económico.*

Clasificación JEL: *F43, F02, N, H0*

ABSTRACT

The following is a document that aims to make a mainstreaming of the social history of Cartagena de Indias with the intention of showing how this was transformed from a globalized city from its beginnings as a function of not only the inherent cultural and ethnic diversity of the various nationalities who came to her in terms of conquerors and colonizers mixtures with ethnic Indians and the

* Facultad de Ciencias Económicas - Universidad de Cartagena. Correo Electrónico: fregoy@hotmail.com.

slaves who were brought for purposes of economic exploitation but did not prevent the construction of both a certain identity of Cartagena but then, the product of that same globalization exclusive of interest and differentiation, has taken a course that the socially fragmenting and destroying their sense of local identity.

Key Words: *Economic history, globalization, public economics, free markets, economic growth.*

JEL Classification: *F43, F02, N, H0*

INTRODUCCIÓN

Los flujos de la globalización recorrieron con renovado vigor y furor la Cartagena de finales del siglo anterior y lo continúan haciendo con mayor intensidad en los inicios de este nuevo milenio. Como en ninguna ciudad del país, en Cartagena se han aplicado de forma eficaz en términos de tiempo y logros, políticas conforme al credo imperante desde los finales de los 80s¹ del siglo anterior, cuyos mandamientos principales ordenan la privatización de los servicios públicos y las concesiones para la prestación de aquellos cuyas fórmulas privatizadoras son muy complejas de aplicar y, en general, la búsqueda de la eficacia por la vía de la relación costo beneficio en un escenario de mayor libertad de mercados. Ha sido esta ciudad paradigmática si es de señalar una donde las políticas conocidas como Neoliberalismo hayan encontrado escenario pleno de aplicación. Cartagena es en estos años iniciales del nuevo siglo, una ciudad muy parecida desde las perspectivas de lo económico y de lo social a la que vio los amaneceres del siglo XX. Su economía, incapaz de generar unos flujos de redistribución medianamente equitativos en medio de una generación modesta de crecimiento de riqueza, evidencia una concentración del ingreso y de los medios materiales generadores de reproducción de capital, que refuerza la tendencia a una mayor participación del excedente bruto de explotación en la distribución del valor agregado en relación a la participación que tiene el trabajo². Una perversa y persistente redistribución que es una espiral de concentración de los ingresos en una creciente profundización de la brecha de disparidades en lo social. En una parodia de tragedia griega la ciudad se devora a sí misma en un proceso intermitente, con frecuencias intercaladas de mayores y menores intensidades, pero siempre constante de exclusión en todos los órdenes donde esta haya sido posible.

¹ En el último año de la administración Barco, arranca formalmente el proceso de apertura económica con una baja generalizada de los niveles arancelarios y otras medidas liberatorias del mercado interno en coherencia con las intenciones del llamado Consenso de Washington.

² Ver datos de informe estadístico del DANE 1999.

METODOLOGÍA

El método de estudio utilizado en el desarrollo de este artículo, es de tipo documental y analítico puesto a que utiliza de manera interpretativa diversas fuentes de tipo secundarias con la intención de concretar y afirmar la conceptualización de algunos términos utilizados en el cuerpo del mismo. Así mismo se hace notar que las fuentes son de carácter hemerográficas o archivísticas ya que se basa en la consulta de libros y en artículos de revistas, ensayos, periódicos además de documentos que se encuentran en archivos como cartas oficios, circulares, acuerdos, decretos, leyes, etcétera.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

A finales del siglo XIX, Cartagena apenas se despertaba de un letargo prolongado casi desde la misma independencia. Ese impulso le alcanzaría para dar los primeros pasos del tránsito de la artesanía manufacturera a los inicios de una industrialización tardía en el contexto internacional en que ya se desarrollaba la industria mundial (1) y que en todo caso no fue más allá de un intento reincidente, y del cual tendríamos más en el futuro, de apoyarse en la demanda interna como impulsor de crecimiento de la economía.

Así empezó a florecer su más pequeña que mediana, artesanal y doméstica industria desde esta época. Y así seguiría por lo menos durante unos sesenta años, hasta finales de los cincuentas, cuando desfalleciente recibió su bautismo de ser realmente industrial, con la instalación de la refinería de ECOPEPETROL en la zona de Mamonal como una de sus características económicas, además de la de ser turística, portuaria y comercial. Durante unos cuarenta años más la ciudad tuvo una importante fuente impulsora, si no la más, de su desarrollo y crecimiento tanto económica, física como demográficamente: la que brindó el sector industrial y en particular el sector industrial de Mamonal.

Ahora, en este inicio de siglo, Cartagena reporta unos indicadores y datos que la muestran empobrecida tanto empresarialmente como en su riqueza patrimonial con toda la connotación que este término involucra. Es una tendencia que sigue el derrotero de un contexto económico más amplio, que es decreciente y se transmite eficientemente por sofisticados medios informáticos en lo virtual, y por los caminos inciertos del comercio de bienes y servicios, en lo material. Ciclos de la historia local y su vinculación con los ciclos externos de la economía que aun tiene innumerables perspectivas de acercamiento a su conocimiento, comprensión

e interpretación con ánimo decididamente propositivo y que le son característicos a nuestra ciudad que pareciera percibida por sus habitantes en un contexto de localidad indiferente a su realidad globalizada.

Surgida del valor estratégico del cual la dotó la naturaleza, aprovechada por la racionalidad económica de la Metrópoli invasora, Cartagena, si nos atenemos a las precisiones cronológicas de Aldo Ferrer (2), nació globalizada. Su condición de ser puerto la hizo desde sus inicios de ciudad punto de llegada y de salida para el continente europeo y por esta relación, con las costas africanas y los caminos de los mercaderes de Asia, pero también núcleo de vinculación al resto del mundo americano, el “nuevo mundo” que lo era también para los aborígenes de la tierra que no se caracterizaron por ser grandes viajeros, excepción hecha por supuesto, de la siempre cercanías de “primos”³ con los caribeños de enfrente y de los lados, estableciendo así su fuerte y definitiva vinculación con esta originaria globalización vista su génesis desde la perspectiva de su dimensión geográfica y económica.

Pudiéramos, en una interpretación aguda de los elementos simbólicos de su propia fundación herediana acudir a la condición de ser la Metrópoli, a título de la cual se hacia la fundación como parte de su dominio terrenal (3), ella titular a su vez de su condición de Católica, universal, y que su universalidad se reconoce en un espacio y en unos requisitos imprescindibles que ha de cumplir la acción concreta de gobernar. Así, su ámbito de gobierno sería la globalidad reconocida en su momento. Una aplicación conceptual y práctica de hegemonía. “Hegemonía, que es una palabra distinta a predominio, dominio, preponderancia y otros términos que tratan de ser sinónimos, es un concepto político que sirve para significar la preeminencia de un grupo social sobre otros, el liderazgo de un país sobre otros, la capacidad de dirección puesta al servicio de un proyecto político globalizador” (4) en el cual entonces Cartagena tendría su sino predeterminado por el proyecto mayor subyacente a la intencionalidad política de la España imperial.

El mundo se extendería con el “descubrimiento” y anexión por los europeos de territorios y naciones desconocidas hasta entonces para la cultura occidental, actriz principal del fenómeno expansionista; pero ahora lo haría de manera articulada ínter oceánicamente como nunca antes, a pesar de los lejanos antecedentes fenicios y nórdicos, densificando de esa forma las vías del intercambio comercial, eje fundamental de lo que sería

³ La cultura popular cartagenera ostenta, en una bella afectividad cultural, en cada familia, más de torisences y getsemanisences, un imaginario familiar lejano en el tiempo y los ancestros en alguna ciudad de Cuba, sobre todo, en Santiago y La Habana. Eso lo afirman, partiendo de la prueba irrefutable hecha vida cotidiana, de la presencia y protagonismo de Pedro Romero en las gestas independentistas de 1811. Y mucho de razón tienen.

un proceso creciente y persistente de integración de mercados que darían el espacio concreto de realización del capital. Es decir, la ampliación de los mercados sería el curso natural del nuevo sistema económico en proceso de consolidación tal como lo visionará Marx (5) posteriormente. Este hecho marcaría una referencia muy importante en cuanto a hacer diferenciaciones de los tiempos y etapas de la formación e integración de mercados por cuanto, si bien podríamos encontrar elementos de la presencia de intercambio comercial a grandes distancias en épocas más remotas y de ello inferir un sentido de la globalidad siempre presente en la naturaleza económica humana, estas manifestaciones no tienen peso relevante en la vida económica de esas sociedades o comunidades en su conjunto (6). A lo sumo, un intercambio comercial supremamente restringido en primer lugar por las características del bien comercializado en cuanto peso y valor por los costos del transporte y por otra parte, serían objetos para un mercado reducido a la satisfacción de demandas por lujos de unos muy escasos demandantes. Pero no hay duda, como categóricamente lo afirma Vitale que “los descubrimientos del siglo XV dieron origen a la formación del mercado mundial capitalista” (7). Por su parte Marx, sentenciaría en su obra cumbre, *El Capital*, con esa claridad del visionario que observa la realidad en su perspectiva histórica que “la biografía moderna del capital se abre en el siglo XVI con el comercio y el mercado mundiales” (8).

Y en medio de las convulsiones de la historia en esta etapa crucial del parto de un nuevo sistema económico, Cartagena es punto inexorable de pasos, idas y venidas en la ruta de los galeones que transitan por los mares del mundo conocido trayendo y llevando bienes materiales diversos en usos, sabores, olores y colores que darán origen y consolidarán el curso de una cultura híbrida y multisémica, una cultura signada por la diversidad de fragmentos que la constituirán como un calidoscopio de las diversas nacionalidades que se irán conjugando en un sincretismo condensador y diferenciante que aun sigue su camino, en medio de nuevas circunstancias que ponen en peligro lo construido a riesgo de diluirse en lo amorfo y etéreo, en lo acultural y de nadie.

Vendría, luego de fundar lo que estaba en su sitio interpretando a Camacho (9), el vandálico paroxismo colectivo de los conquistadores por todos los Dorados que en su imaginación fueron; el lento proceso de colonización y ocupación con fines más duraderos que del espontáneo enriquecimiento. Y de esa misma manera, el proceso de generar el hilo conducente a la globalidad siguió su curso por el comercio balbuciente, precario y escaso, pero al fin y al cabo teóricamente coherente desde una visión histórica con la etapa primaria y mercantil de acumulación que,

superando una época prolongada de economía de trueque, daría paso al surgimiento de un nuevo sistema económico que encontró en este continente el catalizante que impulsaría su desarrollo: el oro americano.

Durante los primeros trescientos años la economía de lo que posteriormente sería Colombia, fue fundamentalmente una economía exportadora de oro (10). Fue el producto que la división del trabajo, a partir de una racionalidad que se empezaba a orientar por la utilidad y el beneficio, en un nuevo contexto internacional, asignó a estas nuevas tierras (11).

Fue de esta forma contradictoria como una economía de dominación de carácter colonial se fue articulando a un sistema de mercado que tiene por esto la naturaleza de ser capitalista. Es lo mismo que decir que el oro que salió de las tierras americanas le garantizó el sustento de su primera etapa al naciente sistema capitalista europeo. El vínculo de la globalidad entonces quedaría paradigmáticamente simbolizado en el oro para esta etapa a la que hacemos alusión. Y es importante anotar por cuanto fue el puerto de Cartagena el puerto único de exportación legal del oro (12). No era y nunca fue la de Cartagena, una economía productora de oro. Pero el tránsito de este a mercados europeos, a cambio, también llevó en la pupila de los viajeros y mercaderes y en sus percepciones andariegas y en la conciencia y la memoria maravillada y a veces aterrorizada, la Cartagena que vieron y que también contribuyeron a construir con las visiones que traían de otras tierras y de otras costumbres, como irrenunciablemente hacen todos los seres humanos en su trasegar por los diferentes espacios sociales. Prontamente Cartagena fue adquiriendo reconocimiento en ese mundo de novedades. Ese flujo trashumante de hombres de mar, de aventuras y de negocios, difundiría el nombre de la ciudad por todos los diferentes destinos geográficos de esa temprana globalización. Ellos son la más eficiente fuente del encadenamiento informativo y Cartagena, por supuesto más que otros centros poblados, será el núcleo donde esta clase de hombres nómadas desarrollaran sus actividades las más de las veces determinadas en el tiempo por la intención mercantil realizada.

Es lo que explica la pronta presencia de piratas y corsarios ávidos ellos también de la riqueza idealizada tanto como la sensibilidad distorsionada como son percibidos por algunos estos verdaderos terroristas económicos trastocados en héroes de leyendas románticas y caballerescas. Nada tan diametralmente opuesto a los hechos reales. De una violencia y voracidad los primeros ataques a la ciudad, casi hacen no viable sus condiciones de futuro. Las paradojas de la globalización surgen con ella desde esta etapa primigenia para nuestra ciudad en su perspectiva de interpretación schum-

peteriana de deconstrucción creativa del capital (13) La multiculturalidad y la diversidad de los imperios dominantes se hace presente en Cartagena para ganar para la globalidad particularizada la hegemonía de ese mundo que se anexa a lo global en su perspectiva totalizadora, de tal manera que franceses, ingleses y otras nacionalidades piráticas ponen proa con destino a la ciudad mitificada en el temprano imaginario europeo.

Ya en 1544, a escasos 11 años de su fundación reseña el biógrafo consagrado de la ciudad Don Eduardo Lemaitre “el primero entre los muchos ataques de corsarios, piratas y filibusteros... el del corsario francés (de origen flamenco) Roberto Baal” (14). Este doloroso trance, que se repetiría de forma recurrente y trágica, daría margen curiosamente para reforzar la internacionalización de la imagen de la ciudad, dicho al pie de la letra. Como lo registra el mismo Lemaitre (14), la profusión de grabados que registran gráficamente las “tomas” de Cartagena de Indias, la de Baal mencionada, el ataque Francis Drake en 1586 y las prematuras monedas grabadas que glorificaban la frustrada victoria sobre la ciudad del Almirante inglés sir Edward Vernon en 1741 entre otras, se popularizan en los espacios europeos aumentando la fama y conocimiento sobre la existencia de la importancia de este puerto del dominio hispano en un espacio geográfico donde “jamás se oculta el sol”. La sola presencia de Drake, continuando con las apreciaciones del historiador Lemaitre, “cuya nombradía mundial hace que, por ese solo hecho, el nombre de Cartagena se hubiera insertado por primera vez en las páginas de la Historia Universal” corrobora esta interpretación (15).

Además del comercio de bienes decididamente globalizador, la trata negrera, el otro gran comercio de esta etapa de la economía mundial signaría un elemento vigoroso en esta perfilación globalizante del centro logístico que, primigeniamente también, comienza a ser la ciudad dentro del engranaje económico en formación. Este comercio infame tendría su impronta globalizadora a partir de la multiplicidad étnica que interviene en su operación como se puede evidenciar de la lectura en su integralidad del libro de Palacios Preciado sobre la trata de esclavos en la colonia (16). Los asientos, como se conocen las contrataciones a través de la Casa de Contratación de Sevilla, con el fin de introducir esclavos africanos en América, pasa en diferentes periodos por el monopolio de esta actividad por portugueses y franceses, países que constituyen empresas comerciales para tal fin, pero también se reconoce la presencia en el negocio de pequeños tratantes de nacionalidad holandesa y genoveses y aun flamencos como el caso de La Bruse, “el primer negrero que estableció el negocio de la trata de esclavos” (17) quien obtiene el privilegio de Carlos V hacia 1516 para introducir cuatro mil negros de Guinea a la isla de Santo Domingo.

El posterior Tratado de Utrecht de 1713 que permitió legalmente a los ingleses introducir esclavos africanos a América, vinculó más a Cartagena a un mundo globalizado, aunque de forma perversa e indigna, por cuanto el principal puerto y mercado negrero de la América hispánica fue esta ciudad. Los ingleses además de la introducción legalizada por efectos de la contratación de los Asientos, ya desde antes venían desarrollando el tráfico de forma ilegal a través del contrabando como extensa e ilustrativamente lo muestra en su excelente obra Héctor Feliciano Ramos (18). Se calcula que por Cartagena entraron un millón doscientos mil esclavos africanos (17); de estos, según datos de Carmen Ortega, unos 180.000 se quedan en la Nueva Granada en territorios de Antioquia, Choco, Valle, Cauca y la altiplanicie cundiboyacense contribuyendo por esa vía a la dinámica de mestizaje tanto étnico como cultural en toda el área geográfica de lo que sería Colombia. Pero la gran mayoría siguieron caminos que, desde Cartagena donde eran vendidos, los llevaría a lugares tan distantes como Venezuela, Chile, Bolivia, Perú, Méjico y Panamá. Fue también por medio de este Tratado como la globalización temprana lo fue también en su inicio de lo cultural - gastronómico al afianzarse al tal punto la introducción de harinas por los ingleses que desplazaron la de producción local y desplazaron aun al maíz, consumo relacionado con la cultura aborigen y con su religiosidad ancestral⁴.

La procedencia de estos seres humanos arrancados por la fuerza de sus medios naturales y arrastrados por la dinámica de una economía a la condición de mercancías y de inversión productiva, indica también ese sentido de globalización en sus nacionalidades diversas perversamente conjugadas en la sola condición de ser esclavos. En su objetivo de estudiar los aportes léxicos de estos hombres y mujeres a la lengua cotidiana de la Cartagena receptora y dispensadora del recurso humano traído de África. Del Castillo Mathieu (19) nos muestra la riqueza y variedad de etnias y culturas de los esclavos. Así, clasificándolos por el periodo de llegada Del Castillo identifica Yolofofos, Fulas, Congos, Monicongos, Angolas, Carabalíes, Minas, Bantus que haciendo referencia a Alonso Sandoval (20) mostraría las tan diversas lenguas, mas de 70 según el autor citado por Del Castillo, de las cuales tan solo para el primer tercio del siglo XVII se han identificado 9 a saber: Angola, Arda, Carabalí, Banu, Mandinga, Biojo, Bran, Nalu y Biafara. Los principales puertos de donde partieron hacia América y Cartagena de Indias los barcos negreros, dan la respuesta al interrogante sobre esta diversidad de lenguas. Los puertos, localizados en la costa occidental africana fueron también diversos, destacándose la isla de Cabo Verde, los

⁴ Fue precisamente con el Tratado de Utrecht que a los ingleses les fue permitido la introducción de harina de trigo a razón de dos barriles por cada esclavo declarado.

puertos de Guinea, la isla de San Thomé y el puerto de Loanda o Angola. Muestra entonces para concluir esta parte de la reflexión, el sentido globalizador, de acercamiento del mundo conocido, y en “descubrimiento”, en una conjugación universalizante que fue también catalizado, o mejor aun fuertemente auspiciado como una consecuencia de la trata de esclavos.

Todo lo anterior contribuirá a explicar el surgimiento de los comerciantes como la capa poblacional de más importancia económica en esta interacción social que arranca a marcar diferenciaciones sociales a partir del repartimiento original de las tierras entre los conquistadores en la primera etapa de la colonización, de forma relacionada con la participación financiadora en lo que es originalmente una empresa privada: la aventura conquistadora, que no por serlo deja de estar rígidamente reglada a partir de la capitulaciones de los jefes de las empresas conquistadoras con la corona representada en la Casa de Contratación de Sevilla. Estos repartimientos darán lugar a la primera y más conocida de las instituciones económicas coloniales, la Encomienda (21). Marcará la aparición de esta institución económica también el rompimiento del modo de producción de carácter comunitario con ausencia de la propiedad privada prevaleciente entre los aborígenes, por la imposición de relaciones precapitalista implementadas por los invasores (22) expresando el inequívoco cambio y transformación de la economía en un proceso irreversible hacia ámbitos de realizaciones por encima de las limitaciones espaciales pero articuladas sin dudas en la continuidad de su sentido.

Consecuentemente, los encomenderos constituirán el grupo más poderoso y prontamente las primeras materializaciones institucionales para la articulación y armonización de las relaciones entre los habitantes de los centros poblacionales expresaran esta preeminencia, en la conformación de los Cabildos, máxima instancia administrativa local, cuyos integrantes en su totalidad provendrán del grupo de los encomenderos (23). De tal forma que la diferenciación social inicial por la vía de los repartimientos y luego materializada en la encomienda, se verá en algún momento posterior retada por el crecimiento de la importancia del comercio y de los comerciantes aunque, en un ejercicio que denota la racionalidad económica hispana, la conflictividad que podría generarse de una tensión confrontante entre actores económicos con diferentes intereses se resuelve inicialmente por la paulatina presencia de los encomenderos y los comerciantes en escenarios comunes de negocios en los cuales los encomenderos hacen presencia en el mundo de los intercambios en su nueva condición de comerciantes.

Aunque desde el siglo XVI los comerciantes habían iniciado el sistema de redes de agentes y apoderados en América y España, a partir del siglo

XVIII estas redes deberán ser más extensas dado el impulso que da al comercio intercolonial la liberación de mercados establecida por Carlos III por medio del reglamento de libre comercio de 1778. Esta nueva situación se convertirá en potenciadora de esta etapa de la vida económica cartagenera en su continuo proceso de integración a los mercados. Bien lo anota Mcfarlane, "Cartagena debido a su posición de terminal para las flotas transatlánticas y por ser el lugar de residencia de los comerciantes involucrados en los negocios de importación y exportación y principal base administrativa se convirtió en el centro principal de la organización del comercio con España" (24). Esta condición no la perderá ni aun cuando el sistema de convoyes fue suprimido para darle lugar a una mayor libertad al comercio. Las libranzas serán documentos que imprimiéndole un carácter de creciente institucionalidad a la economía, en cuanto a que la aceptación del documento va también moldeando las relaciones comerciales en términos de mayor confianza, afirmaran el carácter incremental y acumulativo al fortalecimiento de las mismas instituciones (25). Las libranzas fueron una de los mecanismos más eficaces de mejoramiento de la economía mercantil en la joven ciudad.

La percepción generalizada sobre los comerciantes durante las etapas primarias de conquista y colonización los muestra como proveedores de los centros mineros más no como involucrados inicialmente, siglos XVI y XVII, en esta producción como inversionistas. Pero para finales de este último siglo y durante todo el siglo XVIII y siguiente, los comerciantes invertirán en la agricultura en particular en productos como el algodón y el palo de tinte con demanda en Europa. Los comerciantes van lentamente desplazando a los encomenderos, clase con la que además por la vinculación familiar por los matrimonios auspiciados que les reconoce movilidad y mayor reconocimiento social, van solidificando una sola clase de poder económico, político y social con criterios claramente excluyentes en cuanto a las otras clases sociales. La importancia cada vez mayor de este actor económico y de esta clase social dominante que va tomando el control de la producción agrícola no siempre de forma legítima y las más de las veces de forma ilegal, y del factor productivo que ya adquiere fuerte connotación económica, la tierra, ayuda a comprender el dinamismo que adquiere el comercio exterior sin que este sea nada extraordinario (26). Como lo señala De La Pedraja, lo relevante es observar, para los fines de nuestra reflexión, "las actividades del comerciante desarrollando las tierras e invirtiendo en tierras agrícolas a fin de que produzcan frutos de exportación para Europa", y de esta manera confirmando la fuerte vinculación a los mercados en globalización desde Cartagena como punto de partida (27).

La articulación de Cartagena en un mercado en expansión globalizante por el proceso de readecuación y reacomodamiento que se desencadenan como consecuencia de la Revolución de independencia de los EEUU en 1779, y la Revolución Francesa diez años después, coincidiendo con una nueva confrontación Hispano-Inglesa en el periodo 1779-1783, provocando grandes impactos en la economías de las colonias y sumiéndolas en un escenario de mayores incertidumbres en cuanto a la oferta y demanda de bienes importados, las posibilidades exportadoras y la inestabilidad de los precios se evidencia como en otros mercados portuarios de la época. La sumatoria de fuerzas navales de los aliados, España, Francia y la incipiente de los EEUU no alcanzaban a confrontar el poderío de los ingleses en el mar. La flota inglesa, apoyada además en corsarios y filibusteros, logran interrumpir el comercio entre España y sus colonias lo cual significa la interrupción de los flujos de intercambio entre diferentes y algo distantes sitios donde la economía se veía afectada directamente traduciéndose esto en un fuerte distorsionante de los precios. De lo anterior se saca la conclusión puntual para Cartagena en cuanto al impacto particular de esta situación de carácter “internacional” globalizada.

Los agentes de los comerciantes en los diferentes ciudades, puertos o simplemente mercados, cumplen una misión de gran importancia en atención a la dificultad para el flujo de la información y poder aprovechar las situaciones cambiantes de oferta y demanda de algunos bienes que se ven limitados en su movilidad por las situaciones de guerra originadas en este escenarios de confrontaciones y alianzas militares y económicas. La necesidad de dinamizar este sistema informativo es absolutamente prioritario aunque muy limitado en su operación, pero estos agentes se convertirán en este mundo económico naciente en los iniciadores del sistema de información del comercio internacional de la época, en un afán de manejar una información articulada globalmente al de todas las economías de sus intereses.

La sociedad en construcción constituye a su vez las instituciones inicialmente como mezcla de reproducción de lo que traían y costumbre y tradición en gestación para lo que venía, sobre las cuales continuará su proceso evolutivo en cuanto a la estratificación social que se desprende de su interacción pivoteada sobre factores de orden económico y cultural que darán paso a los de orden político que constituye y distribuye el poder.

En una articulación de los habitantes de la comunidad como actores sociales lo cual da a esa comunidad como tal existencia económica (28) ya con elementos diferenciadores en cuanto a reconocimiento social, de acuerdo a las convenciones sociales de los dominantes, y de poder, originado

inicialmente en la apropiación de los riquezas de los aborígenes por el pillaje, posteriormente por la apropiación del excedente de explotación de los mismos aborígenes y luego, por la explotación de los esclavos traídos de África al diezmarse la población indígena producto de la irracional explotación de este durante el periodo inicial del asentamiento de los ibéricos. De tal forma que una estructura social rígidamente estratificada, reproduciendo un tanto la propia de los españoles con todas sus cargas de prejuicios, comienza a tomar curso de naturalidad en una sociedad no muy clara de esta situación en los niveles sociales bajos, en los cuales una fuerte labor de catequización religiosa logra una aceptación de orden establecido con fundamento en la divinidad, en la voluntad de una fuerza superior y magnífica que bajo la promesa de un mundo mejor y más justo después de este, induce a la resignación y la aceptación de la voluntad de Dios, un nuevo Dios que le es extraño y diferente a todos los dioses ancestrales pero además, un Dios castigador y ausente en su interpretación también para los negros africanos. Es el gran papel que cumple la iglesia en la construcción de este orden de desigualdad de la cual es una institución de soporte y cohesión desde la interioridad misma de la conciencia del individuo (29)⁵.

Esta Cartagena globalizada desde su fundación, fundamenta entonces su propio derrotero de colectividad con elementos de fuerte raigambre cultural heredada, creada y recreada, y de fuerza a falta de esta. Esta fuerza, a pesar de esporádicos intentos de ser desconocida, lo es más en la intención libertaria que la de ser relevo de elites. Así, por ejemplo, aunque la vida colonial está llena de episodios de cimarronaje (30), la situación del esclavo llega a ser limitada por un orden social en el cual está determinada su ubicación "natural" casi en una absolutización aristotélica a priori y sin fórmula de modificación, en un estrato de ausencias de derechos económicos, políticos y aun en una situación de invisibilidad social en la cual habrá identificación con sus iguales de las mismas condiciones y finalmente hará curso a la cultura y economía de dominación colonial. De manera parecida podríamos caracterizar la situación social de los indígenas, aunque podría considerarse que tuvieron una menor valoración en cuanto a que el indígena no representa una inversión económica productiva como es el caso de los esclavos. En ambos casos, como en el que se deriva de la creciente mestización que Jaime Jaramillo calcula más intensa en Cartagena a finales del siglo XVIII (31) que la de otras poblaciones como Antioquia, Popayán y Choco, el elemento cultural que se destaca como ho-

⁵Múnera nos muestra un resumen del censo de la Provincia de Cartagena, un espacio mayor al de la ciudad de Cartagena, en la cual la población eclesiástica es cercana a los 400 individuos.

mogenizante es el claro sesgo de índole étnica como parámetro de diferenciación y de merecimiento de reconocimiento social, de tal manera que habrá una evidente diferenciación de grupos claramente determinados conformando una unidad de comunidad homogeneizada en cuanto a su propia percepción y valores dominantes. Una identidad es forzada a construirse sin que esto logre invalidar el surgimiento de esta identidad en otros orígenes diversos, no todos expresos ilustrantes de las evidentes asimetrías que constituye el núcleo germinal de la sociedad en construcción.

La globalización inicial de Cartagena es constructora de una identidad dentro de la diversidad. La cultura es reconocida formalmente, oficialmente, por la de dominación imperante (32). Pero también la de los dominados está vigente y presente en la cotidianidad de sus actividades. Tanto ello es así, que el sincretismo finalmente legaliza y legitima las creencias para hacerlas compatibles y presentables en esa sociedad rígida y excluyente en todos sus valores a los que le son extraños o diferentes. El elemento apariencia, como ritual de convivencia social en una sociedad desigual y fuertemente dividida por los poderes excluyentes, marca desde entonces una característica en esta como es la aparente capacidad para adaptarse a unas relaciones frágiles, sin fundamento de verdad como valor, pero muy apegada y formalista en los acuerdos sociales sacralizados por la imposición del poder.

El siglo XIX vio marchitar la importancia de la ciudad en el conjunto de la naciente formación nacional en la medida en que ese sello globalizante entendido como su fuerte articulación al mundo exterior fue a su vez perdiendo importancia en lo institucional, en expresión material y en lo económico a partir, he aquí una aparente paradoja, de la declaratoria de independencia de la Metrópoli española.

El proceso de consolidar la república a partir de 1820, se da en unos términos en los cuales el comercio exterior, que no fue nunca de un desarrollo comparable con los de otros países de América Latina durante la colonia, persiste y se agrava en su debilidad con las consiguientes consecuencias en el aislamiento del país (12). Cartagena, sin embargo, vinculada a las islas caribeñas desde siempre por el comercio colonial y de contrabando (33), mantiene su sentido de la globalidad por la vía rutinaria: el intercambio comercial. De su relación con los mercados europeos a través de sus colonias en el Caribe da cuenta Ospina Vásquez en sus referencias a las transacciones sobre comercio de embarcaciones por parte de comerciantes e inversionistas cartageneros (34), también lo hace Arango Jaramillo al mencionar cómo durante el periodo de 1787 a 1791 “se hicieron una veintena de operaciones de venta sobre barcos en Cartagena, por un

valor unitario que oscilaba entre \$ 3500 y \$ 10000. Esta última cifra se consideraba elevada para la época.” (35). Los documentos que relacionan los nombres de compradores están relacionados con actores de primer orden en la gesta libertaria local, los líderes igualmente en la actividad comercial. Son, además, estas las mismas embarcaciones en las cuales seguiría haciendo tránsito la globalidad comercial manteniendo su flujo y vínculo con la ciudad por la vía económica connatural a su abandono por las fuerzas centralistas: el contrabando Y son estas frágiles fortunas, pero profundamente diferenciadoras de lo social en lo local, las que mantendrán vivas las posibilidades futuras de sostenibilidad de la ciudad. Irónicamente, a mi modo de ver, este decaimiento generalizado de Cartagena, particularmente en lo político, será impulsado por el ingenio del cartagenero más importante de su historia, Rafael Núñez, con la Constitución de 1886 que definitivamente centraliza administrativamente el país luego del periodo del radicalismo liberal afectando la importancia de la ciudad en el conjunto de las regiones nacionales.

Será, sin embargo, también una intención evidente de Núñez impulsar el rescate económico de la decaída actividad económica cartagenera. Son recurrentes historiadores como Lemaitre, Meisel, María T. Ripoll entre otros en la “la referencia a la crisis de Cartagena durante la mayor parte del siglo XIX, como también es lugar común la recuperación que alcanza hacia fines del mismo siglo y principios del XX. Como sabemos, esa recuperación, incentivada por la ganadería -que permite la acumulación de capitales-, la conexión con el río Magdalena como principal vía del país a través del dragado del Canal del Dique y la puesta en funcionamiento del ferrocarril Cartagena-Calamar, se manifiesta en la construcción de una infraestructura de servicios públicos, pero, sobre todo, en la expansión urbana a través de la creación de nuevos barrios (adonde se dirigió la elite fastidiada de los “muros invictos”) y en la construcción de nuevos equipamientos urbanos.” (36).

El proceso de consolidación de lo local de su vida urbana social presenta para este periodo y hasta bastante avanzado el siglo XX, una construcción social de carácter particular en su lectura en cuanto a que a pesar de la fuerte estratificación excluyente y prejuiciada, es una ciudad, tal como lo muestra Hermes Tovar (37), en la que la mezcla habitacional de los mismos espacios no era definitiva en el reconocimiento de esta diferenciación social.

De esta opinión es también Javier Ortiz quien señala cómo esta diferenciación social es compatible aun en espacios compartidos, pero nos muestra una comunidad más que una sociedad moderna en la que la diferenciación

en la ocupación y uso del suelo urbano implícita la diferenciación social. Esta división de las clases sociales en este caso, en la bucólica Cartagena de la época, estará más relacionada con aspectos étnicos, culturales y de vinculaciones ocupacionales y de oficios con la estructura de la economía local. La misma crisis económica en la que se debate la sociedad cartagenera abre espacio durante un largo periodo a una especie de acercamiento a lo que podría entenderse equivocadamente como una sociedad tolerante e igualitaria. Este sería el caso al correlacionar la decadencia física de las casonas coloniales en medio de un cuadro de dificultades para sus otrora distinguidos propietarios, que ahora se verán obligados al alquiler de parte de sus viviendas como forma de obtener al menos un mínimo de ingreso para garantizar el mantenimiento de las mismas. Serán muchos los aspectos cotidianos que se compartirán en medio de una convivencia de conveniencia en la que los elementos culturales revalorados o redefinidos hibridaran las condiciones de decantamiento de una cultura que en estas condiciones, tenderá naturalmente a ser mas indiferenciada en sus expresiones del discurrir rutinario en una pequeña ciudad marginada de la nacionalidad con pocas rupturas de la normalidad repetitiva. Pero la formación de esa identidad cultural mostrará también un espíritu de una cartagenidad en la que los cartageneros se reconocen por encima de sus diferencias económicas, políticas y sociales. Es decir la Cartagena de las casi cuatro décadas de principios de siglo, nos muestra una comunidad que comparte unos valores aunque estos sean privilegiantes de una estructura social en la cual la diferencia están marcadas por una aceptación social de las diferencias naturales propias de la cultura que las construye. Pero se presenta de forma desprevenida al observador de la evolución social como un todo con fuerte elementos de homogeneidad. No implica esta interpretación valoraciones diferentes a las evidentes es cierto, pero lo que importa no es mostrar las contradicciones de una relación de esta naturaleza, que son igualmente evidentes, sino mostrar cómo durante un largo periodo pareciere como si Cartagena tuviese un “orden natural”.

Lo anterior se ve reforzado si se mira la composición política de los grupos y la forma de representación en las instituciones de carácter electoral en las que como lo anota Álvaro Angulo Bossa (38) la presencia de mestizos, negros y de ocupaciones, oficios y profesiones se mezcla al tenor de unas comuniones ideológicas que no borran las diferencias pero afianza las afinidades que permiten la lectura de una ciudad con un imaginario artificial de identidad ciudadana y de aceptación de un orden social de supuestas igualdades en las oportunidades de poder. Una lectura cuidadosa de Múnera Cavadía (39) nos explicaría de manera más profunda e ilustrativa como esta construcción del poder político se va configurando

de esta forma desde los tiempos de la Independencia con la presencia protagónica invisibilizada de los actores populares.

Habría de darse la expansión urbana mencionada anteriormente y que se dinamiza sobre todo a partir de la población de la isla de Manga, lenta pero permanente desde finales del siglo XIX, y de la construcción del muelle más moderno y habilitado del puerto en la misma isla, para que la diferenciación en la ocupación de los nuevos espacios urbanos dé inicio también a la diferenciación social a partir de como se da esta ocupación en el surgimiento de los nuevos barrios donde se concentrarán residencialmente las clases social y económicamente más pudientes. Es similar la apreciación presentada en una ponencia en un taller sobre el estado de la ciudad al final del siglo XX: “El aumento de la población, hasta ese momento contenido en el centro amurallado, originó la construcción de nuevos barrios en los extramuros, dando fin a la convivencia en un mismo territorio de grupos de origen étnico diferente y favoreciendo la polarización racial y social en el espacio urbano de la ciudad” (40).

A partir de aquí como referente fuerte pero naturalmente no el único, Cartagena tendrá más un carácter definido por la fragmentación social que de continuidad globalizadora en la cual, sin embargo, logra construir un perfil de identidad cultural dentro de la diferencia y la exclusión. El proceso de marginalización social hará un recorrido permanente, constante en que los flujos de migración de un país que se desenvuelve en una modernización amorfa e incompleta, que abreva en la violencia como mecanismo de afirmación de las nuevas lógicas del desarrollo y del progreso económico nacional, transformarán el curso de la vida económica y social de la ciudad.

Los núcleos diferenciadores que surgirían con la dinámica de una ciudad que siempre se caracterizó por su condición de puerto, serían ahora reforzados por esos mismos flujos de la globalización que se desprenderían de la naciente industrialización. Así surgiría la clase obrera y sindical cartagenera, y con mucho la colombiana, tal como nos lo explica Sergio Paolo Solano (41). Años después la construcción del barrio Blas de Lezo caracterizará el primer barrio de trabajadores y obreros, símbolo a su vez de que la ciudad estaba alcanzando igualmente la característica de ser industrial desde la composición orgánica y social de su población y de la producción como luego la localización de la refinería reforzará hasta nuestros días.

Los años cincuentas serían la frontera cronológica que nos muestra una ciudad en cambio, en fragmentación y en camino cierto a la diferenciación social fundamentada en lo económico pero también en los intereses diversos que comienzan a convertirse en intereses diferenciadores desde la

perspectiva de clases, grupos, organizaciones de tipo étnicos, religiosos, culturales, ambientales, regionales trasladadas a lo local y más.

Cartagena, estimulada por los nuevos tiempos de una economía que discurre dentro de un modelo de sustitución de importaciones⁶ como mecanismo de impulso al desarrollo industrial, se adecua dentro de sus propias limitaciones para hacerse atractiva a las expectativas de inversión en turismo e industria, sobre todo. Es la época de las demoliciones de los barrios adosados a las murallas como el Boquetillo, Pekín, Pueblo Nuevo y la posterior erradicación de Chambacú. Cartagena es todavía una ciudad de muy escasa actividad delincencial y los homicidios son siempre asombrosos a los ojos de una población que construye su paradigma de seguridad cuando ya los campos del interior están teñidos de la abundante sangre que desde entonces no dejará de fluir en el territorio colombiano.

Cartagena comienza a expresar de manera incremental, pero sutilmente, la asimilación de unos cambios en los cuales a diferencia de la globalización dentro de la cual se movió su historia hasta finales de los años ochentas en la cual el elemento cohesionador desde la base, el cultural, le permitió construir elementos convergentes de cartagenidad, de identidad cartagenera. Ahora esta globalización se presenta como un agente potente para su fragmentación social, su atomización en infinitos intereses particulares, invisibilización de su propia identidad en lo confuso y etéreo de una nueva identidad sin construir, confundida en el reconocimiento de sus valores identitarios como sociedad ya no como comunidad.

La globalización le fue tan connatural a su esencia de ser que Cartagena convirtió esa condición en parte de la cotidianidad y no fue consciente de manera colectiva que esa globalización en la cual desarrolló sus paradigmas también estaba cambiando por fuerza de los conjuros históricos de los cuales ahora ella es extraña. Las empresas cartageneras que apalancaron su crecimiento en el viejo modelo cepalino por ejemplo, solo se espabilaron cuando el TLC les hizo ver que todas las ventajas y privilegios de la cual disfrutaron durante casi cuarenta años, y sobre los cuales fundamentaron una creciente diferenciación económica con fuertes impactos en la vida local, no les dio las habilidades y la competitividad para enfrentar una apertura total de la economía local⁷.

⁶ El conocido como modelo cepalino por ser impulsado por la Comisión Económica para la América Latina y el Caribe, CEPAL, y que implemento fuertemente en toda la América Latina desde finales de los años cincuentas

⁷ Uno de sus más reconocidos líderes industriales, Rodolfo Gedeón, vinculado fundacionalmente a la industrialización y a las exportaciones del sector, lo declaraba el periódico local, El Universal, en términos de su preocupación por la falta de un encadenamiento productivo del subsector de la petroquímica, que sea capaz de generar sus insumos competitivamente

Pero la fragmentación y la crisis de la Cartagena de inicios del tercer milenio no tienen tan solo razón de ser en los cambios de una misma categoría histórica, conceptualidad de la globalización expresada con sus particularidades de tiempo y espacio.

Mucha razón tiene Javier Ortiz Cassiani cuando en su interesante ensayo ya referenciado (36), ubica en los espacios compartidos con diferenciación social el antecedente de lo que yo interpretaría como la diferenciación social por exclusión económica. Si buscáramos una explicación a lo tormentoso y conflictivo que ha resultado la reglamentación del espacio público, en particular el uso de plazas públicas en el Centro Histórico, esta pasa en primer término por lo sorprendente que pudo ser para el talante cartagenero, en este caso para los intereses de quienes explotan económicamente estos espacios, el que se les fuera a cobrar por lo que es público, las plazas. Pero resulta que en ejercicio de la conceptualidad de lo público, estos espacios, ya dicho en diferentes eventos y textos académicos (42), en los cuales se ejerce la condición de ciudadanía en cuanto públicos, fueron hibridando su significancia original en tránsito de ágora a mercado, en ese lento proceso de transformación también hubo de resignificancias impuesto por las condiciones del mercado. El espacio de las plazas fue inicialmente compartido como parqueadero, luego con una cadena frenética de usos diferentes. Pero en todos, el ciudadano fue cediendo sus derechos, la plaza cada vez fue más objeto de lucro personal y menos de disfrute lúdico colectivo. Finalmente su nueva condición en el marco de una profundización de una globalización de nueva presentación, el acceso a las plazas quedó determinado por una nueva condición que también adquirió el ciudadano: la de consumidor (43). De tal manera que en esta globalización de los tiempos presentes el ciudadano ya no disfruta la plaza, el consumidor demanda y se le oferta en un espacio que antes era público y que ahora lo sigue siendo, pero como mercado, y en estas condiciones su acceso está determinado por la capacidad adquisitiva.

Y la fragmentación toma forma y carácter excluyente. Y los múltiples actores sociales surgen al tenor de las efímeras cotidianidades, los intereses cambian a la velocidad atonante de esta globalización cibernética, tecnológica, masiva, multidimensional, que antagoniza, incompatibiliza, insensibiliza, nos diferencia pero no nos permite ser autónomos diferentes, nos hace homogéneos pero no iguales.

Cartagena se difumina, su clase dirigente no ve la nueva globalización, se sorprende, se asusta, se distrae. Finalmente se ocupa de cosas más importantes, el juego de la política local. Y la Cartagena que ya arrastra los

peligros de los nuevos tiempos, que no ve las oportunidades del cambio, paulatinamente las ve desdoblarse en amenazas.

La ciudad segura se convierte desde los finales de los setentas en la ciudad segura para quienes delinquen. La ciudad sufre un proceso acelerado de urbanización y de densificación de su barrio turístico, al tiempo que se asoma una inflación doméstica que dispara los precios de los inmuebles y en general de la vida diaria de los cartageneros, perturbada cada vez más por una vida rutinaria que paga sus consumos de locales a precios de turistas. Se inicia un proceso también de ventas de sus viejas casonas del centro histórico. La relación de propiedad material de su memoria no guardará relación ahora con la tradición. Nuevas tradiciones estarán a punto de comenzar. Un vacío está en gestación, nada prevé que pasará con un centro que irá perdiendo su vida cotidiana y romperá vecindades desarticulando sin reemplazo y recreando casi violentamente nuevas articulaciones sociales casi artificiales en los primeros asomos de una combinación fatal para la historia reciente de la ciudad, el dinero del narcotráfico y la veleidad y decadencia moral de una clase política que empezó a ver la modernidad por el ángulo estrecho de lo económico como fundamento monolítico y exclusivo del poder. En general, en esta historia reciente en la cual las fuentes son las propias memorias de los actores aun vivos que ejercen su derecho al silencio y a la traslación de estas por la vía oral, el relato local puede sesgarse pero es inequívoca la percepción del ciudadano mayor de cuarenta años sobre la importancia en esta década, de los elementos perturbadores que cambiarían de manera grave la política tradicionalmente clientelista de la ciudad. Este clientelismo, sin perder su esencia, también sufriría transformaciones que desplazaría una forma artesana de este ejercicio. Nuevos líderes hacen su aparición, nuevas caras van a la política local y la vieja política garantiza su vigencia.

En los ochentas la ciudad de los cincuentas promisorio para el desarrollo económico e industrial del país entra en lento y continuo decrecimiento. El desempleo despunta vacilante pero ascendente. Las políticas públicas para el estímulo a la generación de empleo y localización industrial pierden efectividad. Pero se persiste tercamente en ellas⁸ El proceso de descentralización da sus primeros frutos institucionales (44) con la elección popular de alcaldes. Con esta se profundiza y se potencia la creciente privatización de la política y de la ciudad. Los procesos privatizadores

⁸ Una investigación en los archivos del Concejo Distrital dirigida por el autor con estudiantes de 5º semestre de la Facultad de Economía de la Universidad de Cartagena para el periodo 1970-2001 muestra más de 160 acuerdos de exoneración de diversos impuestos y heterogéneas expectativas de beneficio social.

que se afirman en el nuevo modelo de apertura económica desde finales de los ochentas amplifican la polarización y profundizan aun más la concentración de las riquezas y el ingreso en la economía local. Grupos políticos ahora constituidos como empresas político-económicas con base familiar, desplazan a grupos políticos familiares como dispensadores de servicios públicos en una relación premoderna de carácter paternalista. Se afirman, estos modernizadores de la política en su nueva condición de empresarios, en la propiedad de los anteriores y rentabilísimos servicios públicos: el sistema de salud, la educación, acueducto, aeropuerto. Su dimensión económica definida por su condición portuaria como bien público y colectivo, incluida la otra dimensión, la ambiental, tienen forma privatizada; es decir, el más importante de todos los activos materiales de la colectividad cartagenera, su condición de puerto, y por el cual debería ingresar unos recursos significativos para su propio sostenimiento, fueron transferidos como ingreso de un restringido grupo de representantes locales del libre mercado. La política local se afirma en los viejos vicios, los periódicos locales reseñan la compra de votos como el camino expedito en que nuevas fortunas comienzan su trasegar por la financiación de las campañas electorales. En su contexto, las condiciones de orden público profundizan su deterioración. Nuevos grupos armados entran a la confrontación armada. La fragmentación, en cada vez más diversas organizaciones, sigue su expansión. La ciudad diluye su condición de espacio de armonización social, “entendida no como el hecho físico-espacial de lo urbano, sino como un concepto político y social, requiere de la existencia y reconocimiento de individuos portadores de derechos y deberes que interactúan y construyen lo público”. El Derecho a la Ciudad, de que habla Henri Lefebvre, garantiza espacios para ejercer las libertades políticas y civiles reconociendo las diferencias culturales en condiciones de equidad social y económica” (42) Cartagena se dualiza al decir de Alberto Abello citando a Anthony King, “Una porción de ella, en este caso, un pequeño territorio, se reclama y es reconocido como ciudad por propios y extraños mientras que el resto, el lugar de habitación y negocio de la mayor parte de la población, es simplemente la periferia o el margen. Se copian así, a escala urbana, la diferencia y la brecha existentes entre el centro de la economía mundial, conocido también como el Norte, y la periferia, conocida también como el Sur” (45).

El proceso de fragmentación, como un espíritu dormido en las fracturas salitradas de sus islas originales toma cada vez más forma y contorno de insolidaridad y de ausencias de los elementos identitarios que fueron su pegamento social. Los últimos elementos de una política artesanal y comisionista van dando paso a la entronización de nuevas casas políticas en una elaboración de farsa de cambio, al mejor estilo de pensamiento

del viejo Gramsci, ahora también desempolvado como antídoto para la descreencia. La peor crisis es aquella en la cual lo que ha de nacer como renovación no surge y lo que ha de terminar por obsoleto no muere, esa es la idea. Así que Cartagena, con nuevos actores que no lo eran tanto en realidad, moderniza la política local. Los inicios de los años noventa para la administración pública local son identificables a distancia histórica por la explosión de la deuda pública y de la inversión. También por la entrada al mundo de los macroyectos. Por un asomo decidido hacia la descentralización de la administración de la ciudad. Por un aumento de la federalización de las actividades políticas de los líderes populares en lo formal pero en el aumento también de su capacidad de negociación individualmente, una balcanización de los proyectos políticos de infinitos pequeños grupos con infinitas pequeñas obras, que al decir de muchos de ellos y de los mandatarios de esos años, debían negociar individualmente.

Luego, en los primeros gestos de fastidio de una ciudadanía que quería librarse del clientelismo de un solo grupo sin renegar de la conceptualidad del clientelismo tutelar y endémico de la política local en general, se insinúa un atisbo de corporativismo criollo, con discurso a la moda, la antipolítico y la transparencia y la mirada incitadora al sector privado paradigmático como la eficiencia y la honestidad excelsa.

Mientras, los grupos financieros están siempre al acecho de los activos de la ciudad en una época de frenéticas privatizaciones. Cartagena sería desde esta época la campeona nacional de privatizaciones y cumplimiento aplicado de los vientos neoliberales. Un publicitado acuerdo entre lo público y lo privado, como una verdad recién fundada sobre la moral y las buenas costumbres fue el trasfondo de esta corta etapa, casi de cruzada y pensamiento feudalizante. La fragmentación sigue su curso estimulada y catalizada por un discurso oficial que cree encantar la intención de la maldad en quien piense diferente.

La burocracia oficial es ocupada casi por asalto regenerador por los novales, y supuestos técnicos, educados en universidades norteamericanas como garantía de competitividad. La Cartagena aristocrática casi desaparecida, y también empobrecida por los impactos de la apertura iniciada a finales de los ochenta, pero también desde un poco antes víctima de su propia incapacidad, vuelve su mirada a la política, pero más a la burocracia. La administración de Cartagena se perfumó de intentos de nuevas aristocracias y tuvo su Centro Histórico como espacio físico de las más recordadas rumbas históricas del país, en medio de la invocación al espíritu de los próceres que tributaron sus vidas en el altar de la libertad. El 11 de Noviembre perdió su origen, su norte, su sentido y su destino.

Definitivamente Cartagena se fue posicionando como destino turístico sexual, se esfumó TELECARTAGENA e igual se financiaron campañas con dineros públicos del producto de su venta y se cumplieron los rutinarios compromisos con los bancos. Nuevas cirugías financieras taponaron provisionalmente la vena rota de presupuestos desfinanciados con la esperanza de hacer los grandes negocios con la asfixia financiera de la ciudad; al tiempo, el discurso contra la corrupción alcanzaba decibeles de Diva alborotada. La fragmentación alcanzó una nueva presentación sin dejar de ser multidimensional. Ahora la de fondo era entre buenos y malos, entre corruptos y transparentes, entre nuevo país y viejo país. El saldo fue el fracaso de una agrupación de dirigentes ligera, superficial y diferente sin embargo en su presentación amorfa e inconsistente que desencadenó una confrontación sorda y estéril que solo condujo a multiplicar en fragmentos minúsculos los que eran fragmentos visibles y reconocibles.

Debatiéndose en sus múltiples contradicciones parroquiales, en una crisis más profundizada y con característica de lugar común vuelve a la Alcaldía Distrital, en los años finales de los 90s, el único intento y la única reelección en estos casi veinte años de elecciones populares de alcaldes. Fue a la vez la simbólica vuelta a los esquemas artesanales y de empresas familiares del ejercicio de la política. Es la concreción material del pensamiento gramsciano llevado a su máxima expresión. Lo que se creía en proceso de extinción, revive auspiciado ahora por lo que debía ser el influjo renovador de las fuerzas soportadas en la moral y la lucha final contra la corrupción.

Precisamente la formulación durante los últimos años de la década de los noventas del Plan de Ordenamiento Territorial desnudó toda la debilidad del capital social de la ciudad. Un instrumento diseñado para la convocatoria y la conjugación conjunta de esfuerzos para la prospectiva colectiva y participativa de la ciudad, nos mostró durante los años del proceso de formulación, redacción y presentación a la comunidad y al H. Concejo del Distrito unas oscuras, caóticas y desordenadas tropelías de confrontaciones sordas que pueden servir de trasfondo para entender la suerte del Alcalde elegido para ese periodo. La exacerbación de los celos y las desconfianzas alcanza unos niveles de paranoia social. La percepción de desconfianza de la sociedad local se ve expresada recurrentemente en la prensa local y nacional en formas de denuncias de corrupción y de falta de transparencia. La ciudad parece reconocer los síntomas tardíos de un mal en metástasis. Ni aun así los dispersos lideratos de la localidad afloran en horas de confusión, inestabilidad y crecimiento de la incertidumbre de la ciudadanía.

Finalmente el Alcalde es suspendido de su cargo y, en uno de los espectáculos más decadentes de la historia social de la ciudad, se genera una

disputa a cualquier costo para ocupar el espacio dejado provisionalmente mientras se resuelve la situación jurídica del Alcalde suspendido. Naturalmente el proceso de despedazamiento de la sociedad local sigue siendo estimulado por las circunstancias que igualmente marcan y remarcan los espacios y los intereses dispersos y particulares. Un líder popular de la vieja política tradicional y clientelista en la cual se ha debatido la política local se ve sometido a una prueba cuyos resultados no son claros aun en el tiempo, pero que puntualiza e identifica en este alcalde suspendido una oportunidad para el sacrificio purificador. Con toda su capacidad de convocatoria, al margen de los mecanismos que utilizó para lograrlo, tiene este hombre la significancia de un fenómeno político de profundo reconocimiento popular. Y naturalmente el reconocimiento de este hecho da espacio para explicar la mayor profundización, continua y constante de esta cada vez mas complejizada fragmentación.

El inicio del nuevo milenio sorprende a la ciudad entonces, en condiciones de profunda fragmentación social, con niveles de desempleo sin precedentes en la historia reciente, con gran decrecimiento de la actividad económica local, con altísimos niveles de contaminación y vulnerabilidad de los diversos ecosistemas que ponen en peligro su sostenibilidad ambiental, con un sistema administrativo de lo público evidentemente ineficiente, ineficaz, con poca transparencia y reiterativa crisis financieras y fiscal. Los indicadores que muestran el comportamiento de las infracciones a la ley y a la integridad del ciudadano y sus propiedades, muestran el deterioro creciente de la seguridad ciudadana. Las responsabilidades de la Administración Pública de la ciudad no dan cuenta de la salud y la educación pública, profundizando de esa manera la desigualdad y la inequidad social. Las constantes movilizaciones populares, cívicas y gremiales, que acuden a las vías de hecho y la inoperancia de las instancias legales de control, ilustran sobre la pérdida de credibilidad de las instituciones en el colectivo ciudadano.

Contrario a lo esperado de la aplicación de un modelo de democracia participativa que en los últimos dieciocho años abrió paso a la elección popular de alcaldes, los niveles adecuados de participación efectiva no tienen presencia en los núcleos de las decisiones colectivas locales. La exclusión, que ha sido una constante en el desarrollo histórico de la política local, no parece debilitarse en la praxis real de la detentación del poder económico, político o social de la Cartagena de principios del siglo XXI. A pesar de ser Cartagena pionera en la implementación de instancias desconcentradoras de la administración pública, el avance y las materializaciones efectivas en cabeza de sus Juntas Administradoras Locales no han sido significativos en el orden presupuestal o en la formulación de sus Planes de Desarrollo.

La polarización en la confrontación de los intereses particulares que desplazan el interés público, ha sido razón de gran importancia en la configuración social a partir de los elementos anteriormente enunciados como definatorios del escenario de la ciudad actual. La capacidad de concitar la voluntad ciudadana que se exprese en elementos identificadores de comunidad y sociedad, ha estado ausente como explicación subyacente a la falta de sentido cooperante en la colectividad local. Es la parte oscura de la globalización que exagera las individualidades y centra el núcleo del pensamiento en el lucro rápido y audaz, que asimila la economía subterránea con la política o cualquier expresión emocionante en forma de atajos que permitan ganar la carrera, el éxito, que es el fin, sin consideración alguna por la legitimidad de los medios.

Cartagena se privatiza ella misma como espacio físico, esa transformación sutil que mezcla teorías económicas que sustentan las privatizaciones con teorías de renovación urbana que implicita la redefinición de usos, la puesta en valor, se traslada a todo el entramado social. La fragmentación se reproduce en esquemas en los cuales se profundiza la diametralización de una división social cada vez más evidente pero polarizada en su nueva presentación de manera grotesca, unos espacios aislados y protegidos contra la inseguridad creciente con todos los adelantos de la tecnología puesta al servicio de unos niveles de vida contrastante hasta el grado de una dualidad con características de ser solo dos categorías sociales, o muy ricos o muy pobres, mientras su clase media desaparece pauperizada, absorbida por los niveles de consumo que creían superada con el esfuerzo de la educación.

Muestra la ciudad, sin embargo, una ebullición de la participación espontánea y desordenada que sugiere intenciones de cambio que no encuentran orientación convergente. Un sentimiento amorfo de cambio sin mucho contenido que termina en una expresión del lugar común. Un norte colectivo que esta extraviado y escamoteado. La ciudad tiene mil formas de reconocerse pero todas inconexas entre sí. La importante y significativa penetración y adaptación a la vida local de inmigrantes, antes extranjeros y ahora nacionales, con sus aportaciones culturales y sus racionalidades ancestrales, muestran un sentimiento receptivo, hospitalario y generoso del nativo que se renueva en su ciudadanía cartagenera. A pesar de ello el sentimiento de cartagenidad se ha mantenido, amenazado tan solo por la insolidaridad que no se reconoce en su propia cultura, producto de los procesos aculturizadores y reculturizadores de los cuales Cartagena nutre y retroalimenta su propia condición de ciudad marinera y abierta; pero el creciente desplazamiento de personas víctimas de la violencia y la recesión económica hacia Cartagena, de manera tan desor-

denada y espontánea que hace imposible su adaptación e integración al medio, es desde ya una de las más preocupantes amenazas para el logro de la estabilidad social de la ciudad.

Pero también otros actores reclaman un espacio en la legitimidad procedente de contextos en los cuales no hubo reconocimiento a la institucionalidad y cuyas riquezas no tienen explicación legal. Son actores que se visibilizan en la misma medida en que inicialmente una flexibilización mal entendida comenzó a ver en los generadores de esta riqueza ilícita a forzados trabajadores por los caminos de la vida dura combinados con un espíritu empresarial que desafiaba a las fortunas heredadas de los detentadores excluyentes del poder y de los privilegios. Así que luego veríamos a estos nuevos actores de los negocios y de las inversiones, estos hombres “producto de sus esfuerzos y de su inteligencia” que los había llevado a ser económicamente poderosos, convertidos en mecenas, en financiadores de toda clase de obras y actividades. Desde las recolectas para los pañales de los niños desamparados hasta la financiación de la campaña política de cualquier nueva figura con posibilidades futuras, o aun a viejas figuras en trance de dificultades económicas para mantener la clientela. Y la fragmentación creció y desdibujó de manera eficaz vinculaciones políticas trastocándolas en relaciones de negocios. De las relaciones de favores de la política tradicional se dio un paso en la transformación de la política en esta hora de la historia local a una nueva condición de relación no mediada por ideas o afinidades, si no como mediadora de cálculos de inversiones en términos de rentabilidad, una relación meramente mercantil. La política mercantilizada, no porque en realidad antes no lo hubiera estado, solo que ahora cada vez más eficientemente las reglas de juego en estos nuevos escenarios excluyen y pervierten por completo el conjunto de la sociedad confundiendo sus valores y su identidad.

El surgimiento de organizaciones sociales, cívicas, populares, gremiales y de redes de veedurías ciudadanas, entre otras organizaciones, muestra el deseo de los ciudadanos de enfrentar la problemática común. Sin embargo, estas soluciones están insufladas por el particularismo y la especificidad de intereses de los proponentes, como se infiere de las propuestas escuchadas y leídas en los diferentes foros que son cada vez más constantes y sobre diferentes tópicos. Los desencuentros entre estos actores, que se identifican y se reconocen como militantes contra un estado de cosas que los afecta a todos, afloran el sentimiento perverso que potencia la incapacidad para enfrentar solidariamente la problemática de la ciudad: la fragmentación social afecta poderosamente el sentido de la confianza pública.

El desconocimiento o no reconocimiento del ejercicio de la política como gestión de lo público que nos involucra a todos y la pérdida del valor de lo público como espacio de encuentro a las aspiraciones colectivas que se concertan en la definición del bien común y el interés público, están en el núcleo de la reflexión y el debate por la construcción prospectiva de la ciudad que debe ocupar nuestras energías colectivas como ciudadanos. Es el sentido de la confianza colectiva y pública de los habitantes de Cartagena, definidos como un sentimiento de cartagenidad, el vertebrador de una construcción continua y siempre inconclusa de una sociedad armónica en la dinámica de luchar por la equidad y contra las desigualdades.

Lo anterior pondría de manifiesto una gran problemática que sería pieza fundamental para enfrentar la ciudad en crisis que hoy sufrimos: la necesidad de redefinir los términos fundamentales para una sociedad cartagenera socialmente organizada en términos de equidad y de justicia, de economía productiva y de sostenibilidad ambiental, de su propia capacidad de viabilidad y permanencia derivada de su autosostenibilidad financiera y fiscal, de su ordenamiento territorial prospectivo que muestre coherencia con la planificación de su desarrollo económico y de su apropiación ciudadana como la patria chica de sus habitantes.

Frente a ello queda entonces como tarea fundamental una convocatoria de naturaleza ciudadana y democrática, que invocando los valores superiores de la cartagenidad (cultura, tradición, diversidad étnica, la individualidad solidaria, la hospitalidad, la libre creatividad, y hasta la sabrosura y la bacanería) desarrolle mancomunadamente el compromiso de rescatar a la ciudad de la grave y persistente situación de crisis que la mantiene estacionada en un marco de incertidumbre y de desconfianzas. Situación, que no permite la sinergia ciudadana, que no apalanca en la interacción social de sus habitantes para incrementar y mejorar las condiciones y la calidad de vida colectivamente consideradas y para el posicionamiento de la ciudad en la explotación plena de sus potencialidades económicas, culturales y sociales que garanticen su vigencia como ciudad dignamente heredable para las próximas generaciones de cartageneros, como compromiso inicial de esta generación.

REFERENCIAS

1. Goyeneche González F. La ampliación de la refinería de Ecopetrol y la Planta de Olefinas: oportunidad para la articulación de lo público, lo privado y el desarrollo de la ciudad. Universidad de Cartagena: Revista de la Facultad de Ciencias Sociales y Educación Palobra. 2002; (3) Cartagena.
2. Ferrer A. La Historia de la Globalización. Orígenes del Orden Económico Mundial. Fondo de Cultura Económica de Argentina. 1996. Buenos Aires:
3. J. M. Ots Capdequi. El Régimen de la tierra en la América española durante el periodo colonial. 1946. Ciudad Trujillo: Ediciones Montalvo. 14.
4. Vargas-Machuca Ortega R. Política y Cultura en la Interpretación Gramsciana de la Hegemonía. FCE. 1983: 73 - 91.
5. Marx C. El Manifiesto Comunista.
6. Macewan A. Neoliberalismo o Democracia. Inremon. Barcelona. 2001: 47.
7. Vitale L., et. al. Feudalismo, Capitalismo, Subdesarrollo. Bogotá. 1977: 41. Editorial Presencia.
8. Marx C. El Capital. F.P.E. 1968; 1: 163. Méjico
9. Camacho Sánchez M. Karmairi, cronica de Cartagena de Indias. 2002. Bogota: Ediciones Pluma de Mompox.
10. Jaramillo Uribe J. La economía del virreinato, en Historia económica de Colombia. José Antonio Ocampo, compilador. 1987. Bogota: Tercer Mundo Editores. 49 - 54.
11. Arango Jaramillo M. El proceso del capitalismo en Colombia. 1978; (1): 17-20-24. Medellín. Ediciones Hombre Nuevo
12. Palacio M, Safford F. Colombia país fragmentado, sociedad dividida. Su historia. 2002. Bogotá, Colombia: Editorial Norma. 83
13. Schumpeter J.A. Historia del análisis económico. 1995. Barcelona: Ariel Economía.
14. Lemaitre E. Historia General de Cartagena. Banco de la República. 1983; (1): 129. Bogotá.
15. Lemaitre E. Historia General de Cartagena. Banco de la República. 1983; (2): 7. Bogotá
16. Palacios Preciado J. La trata de negros por Cartagena de Indias. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. 1973. Tunja
17. Ortega Ricaurte C. Negros, Mulatos y Zambos en Santa fe de Bogota. Bogota: Academia Colombiana de Historia. 2002; 21.
18. Feliciano Ramos H. El contrabando ingles en el Caribe y el golfo de Méjico (1748-1778). V centenario de descubrimiento de América. 1990; (10): 235 a 238. Sevilla: Publicaciones de la Excma. Diputacion De Sevilla, sección historia

19. Del Castillo Mahtiew N. Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos. 1982; 159- 168. Bogota: Instituto Caro y Cuervo
20. Sandoval de A. De Instaurada aethiopum Salute. Bogota: Biblioteca de la presidencia de Colombia. 1956; (22), Citado por Nicolás del Castillo Mahtieu en la obra anotada.
21. Tirado Mejía A. Introducción a la Historia Económica de Colombia. Universidad Nacional de Colombia. 1971; 24 - SS. Bogota
22. Marx C. Prólogo a la contribución a la Crítica de la economía Política. 1859
23. Guillen Martínez F. El Poder Político en Colombia. 1996; 105 y 106. Bogotá. Editorial Planeta Colombiana, S. A.
24. Mc. Farlane A. Comerciantes y monopolio en el Nueva Granada, el Consulado de Cartagena de Indias. Anuario colombiano de historia social y de la cultura. (11): 43.
25. North D.C. Instituciones, Cambio Institucional y Desempeño Económico. Fondo de Cultura Económica. 1995. Méjico
26. Mc. Farlaner, A. El comercio exterior del virreinato de la Nueva Granada: Conflicto de la política económica de los Borbones (1783-1789). Anuario colombiano de historia social y de la cultura; 1971-1972 (6) y (7): 69 y ss hasta 169.
27. De La Pedraja R.T. Aspectos del comercio de Cartagena en el siglo XVIII. Anuario Colombiano de Historia y de la Cultura, (8): 112.
28. Marx C. Formaciones Económicas Precapitalistas. 1953; Bogota: 29. Ediciones Arca de Noe traducido de la Edición Dietz Verlag, Pág..
29. Munera Cavadia A. Ilegalidad y frontera. En Historia económica y social del caribe colombiano. 1994; Bogotá: 114. Ecoe Ediciones.
30. Cáceres R. Mandingas, Congos y Zapes: las primeras estrategias de libertad en la frontera comercial de Cartagena. Panamá, en Afrodescendientes en las Américas. 2002. Universidad Nacional de Colombia: 143 y 144.
31. Jaramillo Uribe J. Ensayos De Historia Social. Tomo 1. 1994. Tercer Mundo Editores- Ediciones Uniandes: 12.
32. Cunin E. Asimilación, Multiculturalismo y Mestizaje: formas y transformaciones de la relación con el otro en Cartagena, en Afrodescendientes en las Americas. 2002. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia: 280 a 292.
33. De Pombo J. I. Ver: Informe del Real Tribunal del Consulado de Cartagena de Indias al Sr. virrey del reino sobre el origen y causas del contrabando, sus perjuicios, los medios de evitarlo y de descubrir los fraudes. Extendido de su orden por don. 1800. Biblioteca virtual del Banco de La República.
34. Ospina Vásquez L. Industria y Protección en Colombia. 1974. Medellín. Editorial La Oveja Negra: 17.

35. Arango Jaramillo M. El Proceso del Capitalismo En Colombia. 1978; (3): 22 y 23. Medellín. Ediciones Hombre Nuevo.
36. Ortiz Cassiani J. Espacio público, entre la democracia y la fragmentación en Aguaita 2003; 9. Cartagena: Revista del Observatorio del Caribe Colombiano.
37. Hermes T. "La historiografía sobre Cartagena de Indias en el Siglo XVIII", en Cartagena de Indias y su historia. Universidad Jorge Tadeo Lozano - Banco de la República. 1998. Bogotá: Haroldo Calvo Stevenson y Adolfo Meisel Roca (Editores)
8. Angulo Bossa, Á. Aspectos sociales y políticos de Cartagena, siglos XIX y XX. 2001. Bogota: Editorial Antillas.
39. Munera Cavadia A. El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano, 1717-1810 y Las clases populares en la historiografía de la Independencia de Cartagena, 1810-1812. 1998. Bogotá: Banco de la República/Áncora editores - Haroldo Calvo stevenson y Adolfo meise Roca (Editores).
40. Observatorio Del Caribe Colombiano. Experiencias de planeación urbana en Cartagena en Cartagena de Indias, sobre llevando la crisis. Cuaderno regional. 2000; 7: 7. Cartagena
41. Solano S. P. Puertos, sociedad y conflictos en el Caribe Colombiano, 1850-1930. Universidad de Cartagena, Observatorio del Caribe Colombiano. 2003. Bogota: Editorial Gente Nueva Ltda.
42. Ruz Rojas G. Cartagena, la exclusión de lo público. Observatorio del Caribe. Aguaita. 2003; 9. También Varela Barrios E. Desafíos del interés publico, identidades y diferencias entre lo público y lo privado. Cartagena, Cali: Editorial Universidad del Valle.
43. Garcia Canclini N. Culturas Híbridas.
44. Sarmiento, A. La institucional social en Colombia: la búsqueda de una descentralización con centro. 2004. Santiago de Chile: CEPAL.
45. Abello Vives A. La ciudad de los espejos. Revista del Observatorio del Caribe Aguaita. 2003; 9. Cartagena.